

mal menor y salida que evite una revuelta general, un fin del anestesiante efecto del mercado y su violencia sobre todos los ciudadanos. A la libre interpretación del lector/espectador, a su autonomía intelectual y crítica se deja abierto el tejido textual y performático. Puede quedarse en mero *voyeur* o dar un paso más a través del juicio crítico a lo observado y llegar incluso a una ética de la caricia, según planteamiento de Lévinas que Bortignon rescata especialmente para el caso del lector del montaje sin filtros del texto de Carrasco. De alguna manera, se invita a devolver la dignidad al otro.

Utiliza Bortignon para encarar los nuevos posicionamientos y sensibilidades poéticas en la primera década del 2000 la figura de un espejo que acaba con interpretaciones ontológicas o deterministas en la mirada al otro que no es ya “subalterno”: “No se tratará ni de un ‘hablar por’ paternalístico, ni de un ‘dejar hablar’ ingenuo, sino de un reto a ‘hablar con’ la persona, asumiendo una actitud responsable, inteligente, creativa” (p. 187). La exploración creativa en lo biopolítico y sus consecuencias es rigurosa y nada superficial. Así, Gladys González cuestionará un *voyeurismo* intelectual y distante mientras que Juan Carreño opta por acabar con lo identitario restrictivo. Ambos se sienten incómodos con la noción de marginalidad desde un punto de vista retórico y sociológico y lo resuelven de esta manera: se trata de aplicar el estatuto de la duda acerca de lo que es ser marginal y de quién es marginal en la sociedad de principios del siglo XXI. Me parece muy interesante cómo se aplican la categoría de pose (Molloy) y la obra de la artista norteamericana Cindy Sherman a la construcción del

sujeto por parte de Gladys González o las propuestas en *Kafka. Para una literatura menor* de Deleuze y Guattari al caso de la escritura de Carreño.

En suma, estamos ante un estudio necesario de un período cultural crucial en Chile y se agradece que la nómina de autores —con la excepción de Eltit— y obras sea menos canónica de lo habitual, menos constreñida a un género literario específico, más audaz, menos hegemónica. La bibliografía es exhaustiva e impecable por lo específica, lo que facilita extraordinariamente la tarea al crítico de este lado del Atlántico. La autora hace uso de un rigor crítico que no anula la originalidad de sus planteamientos y la asunción de determinadas nociones teóricas muy específicas, bien articuladas y aplicadas a la poesía y el arte chileno de las últimas décadas que sigue siendo un ejemplo espléndido de contracultura y resistencia a la uniformización neoliberal en que estamos inmersos, es pertinente y revela una notable inteligencia crítica.

MARÍA JOSÉ BRUÑA BRAGADO
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Oswaldo Zavala: *Volver a la modernidad. Genealogías de la literatura mexicana de fin de siglo*. Valencia: Albatros Ediciones 2017 (Serie Palabras de América). 188 páginas.

El tema de la modernidad ha sido una preocupación constante en América Latina. Esto ha implicado mirarse en un doble proceso: como una búsqueda de la identidad y como afirmación de una originalidad diferente con respecto a Europa. Tanto

artistas, intelectuales y políticos han intentado diversas maneras de remarcar esta modernidad en su momento, ya sea con la modernización urbana en el siglo XIX, las propuestas pictóricas del muralismo mexicano o con la literatura mexicana de inicios del XX. Asimismo, se ha producido una gran cantidad de estudios relacionados con el tema: *La ciudad letrada* de Ángel Rama, *Ficciones fundacionales* de Doris Sommer, *Los hijos del limo* de Octavio Paz, entre otros. Las discusiones sobre la modernidad se pueden dividir en tres grupos: aquellos que estudian la relación entre imperio y modernidad; los que estudian la relación entre lo mágico y lo moderno y, finalmente, los que exploran la modernidad y su relación con las márgenes. En este último grupo podemos situar el nuevo trabajo de Oswaldo Zavala.

Zavala (Ciudad Juárez, 1975), escritor y profesor de literatura latinoamericana en el College of Staten Island y en The Graduate Center de la ciudad de Nueva York (CUNY), propone un estudio valioso sobre el tema de la modernidad mexicana en el siglo XX y su reescritura o evaluación en siete novelas escritas a fines del siglo XX e inicios del XXI: *A pesar del oscuro silencio* (1992) de Jorge Volpi, *En la alcoba del mundo* (1992) de Pedro Ángel Palou, *Los detectives salvajes* (1988) de Roberto Bolaño, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* (1999) de Daniel Sada, *La cresta de Ilión* (2002) de Cristina Rivera Garza, *El testigo* (2004) de Juan Villoro y *Los ingravidos* (2011) de Valeria Luiselli. Así, Zapata examina cómo cada una de estas novelas se acerca a personajes fundacionales de la escena literaria mexicana como Jorge Cuesta, del grupo Contemporáneos, los poetas Xavier Vi-

llaurreutia, Gilberto Owen, el estridentista Manuel Maples Arce y Ramón López Velarde, y los narradores Amparo Dávila y Juan Rulfo. Para Zapata, se trata de mostrar “la evolución del campo literario en México hacia una modernidad en un punto de radical agotamiento” (p. 21).

En el primer capítulo, Zavala parte del concepto de genealogía propuesto por Foucault para iniciar el análisis de las obras propuestas. Así, se entiende el desarrollo de la modernidad no como una teleología sino como una serie de discontinuidades dentro de la historia literaria, lo que remarca “la condición accidentada de la modernidad” (p. 25). Si bien Zavala señala en la introducción que Sor Juana Inés de la Cruz es la primera moderna, en este capítulo se centra en el cuento “La cena” de Alfonso Reyes como texto inicial de la modernidad mexicana del siglo XX. Esto le permite dar el salto hasta finales del XX y analizar las novelas de Volpi y Palau, integrantes de la generación del Crack, y la recuperación que hacen de Jorge Cuesta y Xavier Vllaurreutia, respectivamente. Zavala no se enfoca tanto en la reactivación del cosmopolitismo como forma para insertarse en un mercado global, sino en la forzada transferencia del capital simbólico que representan Cuesta y Vllaurreutia. Así, las novelas de Volpi y Palau operan conjuntamente: reinstalan el cosmopolitismo y se alejan de cualquier nacionalismo reafirmando la mitología del escritor apolítico, aquel que acepta “la realidad neoliberal que ha normalizado el tránsito del escritor mexicano hacia la industria editorial global” (p. 83). Frente a ese canon reescrito, el capítulo cuatro centrado en la novela *Los detectives salvajes* propone una genealogía alterna,

aquella que se rebela al *status quo* y que es borrada del canon literario. La figura de Maples Arce y del estridentismo se actualiza en la figura del real visceralismo de los años setenta que Bolaño rescata como forma de resistencia al sistema.

Para Zavala, la novela de Sada crea una fisura en el concepto de literatura mundial como lo proponen Pascale Casanova, Franco Moretti o Wai Chee Dimock, porque esta no se inscribe dentro los parámetros que definen los sistemas de producción literaria globales (desde la sociología, el análisis estadístico-genealógico-editorial, o desde las prácticas culturales). Así, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* establece su nexos con esa otra tradición moderna porque dialoga con *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, novela que refunda la narrativa tanto estructuralmente (crítica al realismo) como temáticamente (revalorización del mito). Esta misma apropiación aparece en *La cresta de Ilión*, donde el proyecto narrativo de Rivera Garza implica una crítica del discurso literario como discurso patriarcal. Usando la obra de Amparo Dávila, Rivera Garza propone esa crisis del discurso a favor de otras identidades escriturales como la femenina. Los últimos dos capítulos funcionan como escrituras que se oponen. En otras palabras, mientras que la novela *El testigo* de Villoro presenta el fracaso del Estado mexicano y de su campo cultural representado en la caída del PRI y la llegada de un neoconservadurismo político, *Los ingravidos* de Luiselli aparece como el fin de un proceso de modernización literaria que reconoce las coordenadas de ese éxito: “objeto de consumo para una industria cultural fundada en los alcances de la plusvalía” (p. 29).

La relectura que hace Zavala de la modernidad propuesta en estas novelas de fin del siglo xx e inicios del XXI se formula siguiendo también los parámetros de Pierre Bourdieu. Para Zavala, se trata de unir el campo literario al campo político y económico donde se articulan los medios de producción y distribución de estas obras, es decir de la industria editorial. Dentro del neoliberalismo que se fue imponiendo en América Latina desde los años setenta, la literatura latinoamericana se ha escrito para afirmar el fracaso de la modernidad o para reformularla dentro de un postmodernismo cómodo que ha eliminado, en algunos casos, cualquier cuestionamiento político al *status quo*. Zavala, con agudeza, propone una lectura atenta al posicionamiento de estas obras dentro de la literatura global donde volver a la modernidad no se relaciona, necesariamente, con la idea de subvertir esa misma modernidad neoliberal del día de hoy. Finalmente a lo que apunta Zavala con su estudio es “hacia el ejercicio intelectual y artístico de significar una nueva agenda política, inclusiva, horizontal, verdaderamente democrática”, posición que también incluye a la crítica actual.

CARLOS VILLACORTA

(UNIVERSITY OF MAINE, ORONO)

Frederik Olsson: “*Me voy pal norte*”. *La configuración del sujeto migrante indocumentado en ocho novelas hispanoamericanas actuales (1992-2009)*. Madrid/Sevilla: CSIC/Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla 2016. 379 páginas.

El presente libro analiza la representación literaria del migrante latinoamericano